

# OCTOGESIMO ANIVERSARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA FIEBRE AMARILLA SELVÁTICA POR EL DOCTOR ROBERTO FRANCO

Dr. Carlos Sanmartín Barberi\*

La reunión que hoy nos congrega en esta sesión conjunta tiene por objeto conmemorar una importante efeméride de la medicina universal y tributar homenaje a la memoria de un excepcional galeno de nuestra patria.

Me permitiré leer una breve comunicación que el 8 de octubre del año pasado dirigí al Presidente de nuestra Academia, pues resume el motivo central de esta ceremonia:

“El año próximo venidero se cumplen ochenta de la trascendental comunicación del Dr. Roberto Franco sobre una epidemia febril que estudió en las Minas de Muzo.

Tal investigación constituye uno de los hitos más importantes de la medicina tropical. Las novedosas conclusiones del Dr. Franco, basadas en un juicioso estudio de campo y en una sagaz observación clínica y epidemiológica, fueron puestas en duda y aún negadas en su época. Sólo el tiempo y las investigaciones posteriores dieron razón a su notable afirmación de la existencia de la fiebre amarilla de los bosques.

Me parece que sería justo y oportuno que la Academia celebre tal aniversario de manera apropiada y que se aproveche la ocasión para exaltar la memoria del que fue, sin duda, una de las figuras cimeras de la medicina nacional”.

Tanto la Academia como nuestra Sociedad histórica, a las que me honro en pertenecer, acogieron favorablemente la sugerencia. Me enaltece sobremanera ser yo quien esta noche las representa.

En el número 331 de Noviembre de 1907 de la Revista Médica de Bogotá, órgano de la Academia Nacional de Medicina, se publicó el informe presentado al Presidente del Sindicato de las Minas de Muzo, por la misión encargada de estudiar la epidemia de fiebres observada en la mina en los meses de Marzo y Abril de 1907. Tal documento tiene fecha del 14 de Mayo del mismo año y está suscrito por el Dr. Roberto Franco, quien deja constancia de la invaluable colaboración de dos de sus estudiantes que le acompañaron a Muzo y que fueron los señores Jorge Martínez Santamaría y Gabriel Toro Villa.

El informe se inicia dando cuenta de la reunión inicial que se llevó a cabo el 28 de Febrero de 1907 en la Gerencia del Sindicato a la que asistieron los Dres. José María Lombana Barreneche, Juan Evangelista Manrique y Roberto Franco; en ella se acordó que una misión dirigida por éste último, debía viajar al lugar de los hechos e investigar lo que acontecía. Se planteó entonces la posibilidad que se tratara de paludismo, pero se expresaron dudas y se dieron razones para pensar más bien en fiebre amarilla o fiebre recurrente.

Al describir los tropiezos que hubo para reunir los elementos indispensables para una eficaz labor del campo, el Dr. Franco dice:

“Palpamos entonces, una vez más, la falta que hace en nuestra Facultad de Medicina un laboratorio de parasitología en donde se encuentren reunidos los instrumentos y útiles que sirvan de auxilio a trabajos de esta naturaleza”.

Esta queja del Dr. Franco fue reiterada por él en diversas oportunidades, la primera en su tesis de grado hace 90 años, como más adelante veremos.

Sea como fuere el 9 de Marzo llegó la misión a Muzo y allí permaneció seis semanas. Durante ese lapso se estudiaron 21 casos, con la necropsia de tres de ellos y el examen de sangre de todos; además se investigaron los mosquitos y otros parásitos.

Por algún tiempo se continuó en la mina con la administración profiláctica de la quinina, la cual tomaban también los integrantes de la misión, pero tal procedimiento se dejó a un lado cuando se comprobó, como se había sospechado, que la malaria no jugaba ningún papel, ya que en ninguno de los pacientes se encontró el parásito.

La conclusión del Dr. Franco fue que se trataba de dos procesos febriles, uno la fiebre amarilla y otro la recurrente, cada uno con su agente específico y su vector apropiado; demostrando en la segunda enfermedad el agente etiológico en las preparaciones microscópicas.

Entre las consideraciones que hace para la protección del hombre enfermo e impedir que sirva de fuente infectante para los mosquitos, hay una muy notable, de gran valor epidemiológico, cuando se refiere a que:

“Son los casos benignos o llamados ambulantes los que requieren mayor atención por ser ellos la causa principal de la extensión de la epidemia...”.

Es el grupo que hoy es ya lugar común llamar la parte sumergida del iceberg, que es la mayor y la que representa más peligro.

Se lee más adelante el párrafo medular, que resume excelentemente la conclusión obtenida:

“Consideramos como responsables de la transmisión de la fiebre amarilla a los mosquitos que existen en el bosque y admitimos igualmente que la inoculación puede hacerse tanto de día como de noche. De los 17 enfermos observados como afectados de esta fiebre, 9 permanecían de día y de noche en el interior de la montaña, 4 estaban solamente de día en el trabajo de los bosques y los 4 restantes, sólo por corto tiempo y de un modo accidental pasaban por estos lugares”.

\* Conferencia pronunciada el 10 de septiembre de 1987.

Para aquel entonces la entomología médica apenas daba sus primeros pasos. Los mosquitos sabetinos de hábitos diurnos —entre los cuales están los vectores de la fiebre amarilla selvática— y que se crían en el bosque no eran todavía conocidos. El Dr. Franco intuyó su biología cuando en el informe a que ven<sup>go</sup> refiriéndome escribió:

“¿Qué medidas emplear con los mosquitos de los bosques, que según nuestra observación son los más numerosos, los más nocivos y los principales responsables de la epidemia? Sería una utopía pensar en destruirlos, únicamente podremos alejarlos de los lugares de trabajo más concurridos y frecuentados y no vacilamos en recomendar con este objeto el desbosque de todas las colinas adyacentes a las rocas donde se instalan los trabajadores; tareas que deben ejecutarse con las precauciones que recomendamos en el siguiente aparte y que se refieren a la protección del hombre sano”.

Pone también de presente en pocas líneas la relación entre la ocupación del trabajador y el riesgo a la infección, cuando dice que fue

“en las colinas de producción de leña y maderas y en estas últimas regiones donde fueron contaminados el mayor número de nuestros enfermos...”.

Aconseja también que en época de epidemia deben suspenderse las labores de campo y considerar la posibilidad de permitir la entrada a la selva sólo a personas inmunes por haber sufrido anteriormente y de manera bien documentada la infección amarilla. Esta última alternativa, la única viable y efectiva, se hizo realidad con el desarrollo ulterior de la vacuna contra la fiebre amarilla.

En el mismo informe se trata el aspecto de la fiebre recurrente en Muzo y se da cuenta del estado del personal de las minas en lo referente a la uncinaria.

Llama poderosamente la atención la celeridad con que se actuó. En dos meses y medio se adelantó la investigación y se presentaron los resultados, las conclusiones y las recomendaciones. El documento está redactado en lenguaje impecable y sobrio, con gran objetividad y sencillez, dando la impresión de que la mente directora tenía una meridiana claridad de conceptos, presentando sus hallazgos como algo obvio, lógico y simple. Estas suelen ser características de las ideas grandes y trascendentales.

Las decisivas investigaciones de Walter Reed y sus colaboradores llevadas a cabo en Cuba entre 1900 y 1902, llevaron en breve tiempo a la comprobación de la transmisión de la fiebre por el *Aedes aegypti* (*Stegomyia fasciata*) postulada por Carlos Finlay; al aislamiento del virus y a la eliminación de la enfermedad de los centros urbanos por medio del control del vector se llegó a la conclusión de que sin éste último la fiebre amarilla no podía existir y que el ciclo era exclusivamente nombre infectado —*Aedes aegypti*— nombre susceptible. La afirmación del Dr. Franco de un ciclo distinto, con vectores diferentes del único aceptado, causó entre incredulidad, escepticismo y rechazo. En 1916 la Comisión de Fiebre Amarilla de la Fundación Rockefeller, que presidía nada menos que el General William C. Gorgas, visitó Colombia y conceptuó que la situación de Muzo no podía ser fiebre amarilla por no existir allí el vector consagrado. Estudios posteriores en Colombia y en Brasil llevaron finalmente en los años treinta a la demostración del ciclo silvestre de la infección, es decir, la fiebre amarilla selvática. En 1935 Fred L. Soper en una conferencia en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, dijo:

“El Dr. Franco nos dio realmente hace un cuarto de siglo una excelente descripción de la fiebre amarilla selvática, que se adquiere en el bosque y transmitida, según él, por mosquitos no domésticos cuyos hábitos describió”.

Podría creerse que aquí termina mi presentación. Sin embargo me extenderé un poco más para evocar su vida, su obra y su personalidad, y refrescar algunos recuerdos personales que de él emocionadamente conservo.

Nació nuestro personaje el 10. de junio de 1874 en la pequeña localidad de Chimbe, prácticamente equidistante entre Guayabal de Siquima y Sasaima, siendo bautizado pocos días más tarde en Facatativá. Fue el tercero de nueve hijos de Don Paulino Franco Pinzón y su esposa Doña Inés Franco Angarita; hubo otros dos hermanos que murieron tempranamente. Sus estudios de primaria los hizo presumiblemente en Facatativá; los de secundaria los coronó en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario cuando era su rector don José Manuel Marroquín. En 1891 comenzó la carrera de medicina en la Universidad Nacional. Entre el 25 de junio y el 27 de septiembre de 1897 presentó los cinco exámenes preparatorios de rigor, obteniendo en todos la calificación de número 5 con la cual se declaró “óptimo” al sustentante. Ese mismo año se dirige al Rector de la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales el 13 de Octubre presentándole su trabajo de tesis titulado “Colera Nostras”, para el cual designó como presidente al Dr. Nicolás Osorio; cinco días más tarde recibió su grado de Doctor en Medicina y Cirugía, cuando contaba 23 años de edad. De manera que en este año se conmemora también el noagésimo aniversario de su iniciación profesional.

En la tesis mencionada aparece un párrafo que señaló desde entonces el claro concepto que siempre tuvo el Dr. Franco sobre la importancia del laboratorio como parte imprescindible de un juicioso ejercicio de la medicina:

“La fundación de un laboratorio bacteriológico se impone, no sólo para estos casos, sino para la mayor parte de las dificultades que se presentan en la etiología, la profilaxis, el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades infecciosas”.

Para tratar de hacer una semblanza biográfica de un personaje hay que recurrir a diversas fuentes, tal he tratado de hacer. En nuestro caso hallé un documento muy valioso, casi desconocido, que es un relato del Dr. Franco sobre su vida profesional. Se trata en realidad de una carta autobiográfica que en 1957, un año antes de su muerte envió al Dr. Laurentino Muñoz y que éste incluyó en su “Historia del Hospital de San José”.

Luego de recibirse como médico en Bogotá, viajó a Francia. A partir de 1898 hizo en la Facultad de Medicina de París todos los estudios médicos. Gran influencia tuvo sobre él Raphael Blanchard, su profesor, a quien siempre recordó agradecido, cuyas lecciones le reafirmaron en su convicción de la importancia de la parasitología y del laboratorio para comprender mejor las enfermedades tropicales. Siguió durante 1899 las enseñanzas de Roux, Metchnikoff, Laveran, Sergent y otros más en el Institut Pasteur de París. Cuando acabó sus estudios en la Facultad de la capital francesa, se fundó allí, en 1902, el Institut de Médecine Coloniale, cuyo curso adelantó durante ese año; por haberse distinguido y conquistado el primer lugar dentro de esa promoción le fue otorgada una bolsa viajera, con la cual se trasladó a Túnez en donde tuvo la oportunidad de estudiar, con la guía de Charles Nicolle, una epidemia de tifo exantemático. El trabajo sobre esta experiencia le sirvió de tema de tesis de grado en la Universidad de París, cuyo diploma recibió el 3 de Diciembre de 1903.

Terminados sus estudios en Francia se inscribió como alumno del curso de London School of Tropical Medicine, en donde tuvo como maestros, para no mencionar sino dos, a personajes de la talla de Sir Patrick Manson y Sir Ronald Ross.

A mediados de 1904 retorna el Dr. Franco a Bogotá. Durante el segundo semestre de ese año dictó en la Facultad de Medicina el curso de Anatomía Segunda. El 10. de Diciembre se efectuó la última sesión de la Junta Central de Higiene a la cual asistieron los nuevos miembros de la misma, Dres. Roberto Franco, Luis Felipe Calderón, Carlos Michelsen y Pablo García Medina. Al año siguiente, 1905, solicitó al Rector Dr. Luis Felipe Calderón la creación de la Clínica de Enfermedades Tropicales, de la cual fue nombrado profesor, posición que ocupó hasta 1940 cuando se le otorgó el título de Profesor Honorario.

En su consultorio particular estableció una práctica profesional sin par, hasta entonces desconocida, que aunaba a un meticuloso examen clínico el de laboratorio que él mismo practicaba a sus pacientes. A él se debe también haber inducido al Dr. Federico Lleras Acosta a establecer un laboratorio clínico, incluyendo la microbiología, para apoyar al cuerpo médico de la capital.

En un corredor del viejo Hospital de San Juan de Dios, a una cuadra de la Plaza de Bolívar, instaló el Dr. Franco un laboratorio para el mejor estudio de los pacientes. Don Santiago Samper Brush, quien se dio perfecta cuenta de que con el Dr. Franco amanecía una nueva medicina, hizo una generosa donación de \$ 5.000, para dotar y ampliar el incipiente laboratorio del hospital; años después recibió su nombre y en el Hospital de San Juan de Dios de hoy se puede ver el busto del Sr. Samper.

Al Dr. Franco se debe el descubrimiento de la fiebre recurrente por medio de la identificación de su germen causal; la correcta visualización de los parásitos del paludismo y el hallazgo y demostración de muchos de los helmintos que parasitan el intestino del hombre. Su ponencia para ingresar a la Academia, que hoy le recuerda y le honra, versó sobre Anemia Tropical. Esta que fue su casa siempre recurrió a su serena sabiduría cuando se requerían conceptos sobre comunicaciones hechas a la Academia y trabajos remitidos a ella. Sus contribuciones en tal sentido están en las Actas de nuestra Academia y algunas en la revista de la Facultad de Medicina.

Sin proponérselo y por sus propios méritos y el respeto unánime que siempre inspiró, fue Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, Rector de ésta última y de la Universidad de los Andes de la cual también fue fundador.

Recibió innumerables distinciones y fue condecorado por la Federación Médica Colombiana y la Beneficencia de Cundinamarca. El Gobierno Nacional le confirió la Orden de Boyacá y el de Francia le hizo miembro de la Legión de Honor que creara Napoleón.

Cuando el laboratorio que estableciera en Villavicencio la Fundación Rockefeller pasó a las autoridades nacionales, se le dio el nombre de "Instituto Roberto Franco" como justo homenaje al creador del concepto y de la enseñanza de la medicina tropical en Colombia.

Es indudable que dados los conocimientos de que se disponía a fines del siglo pasado y a principios del presente, el ejercicio de la medicina tenía más de arte que de ciencia y por lo tanto la docencia debía ser el reflejo de tal situación. Hay relatos y recuerdos que indican que varios de los más prestigiosos profesores, además de ciudadanos respetables de acendrada pulcritud, eran personas de gran vuelo imaginativo, de brillante inteligencia, dotadas de notable capacidad dialéctica. Sus clases solían ser un armonioso conjunto de la enseñanza del arte hipocrático en todos sus aspectos y de comentarios y disquisiciones sobre variados temas del diario acontecer. En esas sesiones que ejercían, gran influencia y atracción sobre el estudiantado, campeaba la vivaz actuación del profesor, su facilidad de palabra y una atrayente personalidad y en ocasiones la demostración de su acierto diagnóstico que asombraba a los discípulos.

A este medio regresó a principios del siglo con una vasta preparación el Dr. Franco, para iniciar una docencia sobria y sin adornos que aunaba, por primera vez, una firme base clínica y la exploración del paciente por medio de los exámenes de laboratorio. Con excelente facilidad de expresión transmitía sus conocimientos. Era estricto, meticuloso y ordenado en el examen de los pacientes e indagaba con cuidado acerca de los antecedentes familiares y personales de cada caso, insistiendo siempre en averiguar la ocupación del enfermo, su manera de vivir y muy especialmente las características ambientales (clima, vegetación, cultivos, etc.) del lugar de donde provenía, era lo que él llamaba "geografía médica". Era en extremo exigente y crítico en cuanto a las historias clínicas que debían preparar sus alumnos. No divagaba al comentar los casos y se concretaba a la parte médica de

los mismos. Fue muy mesurado en terapéutica, tal vez por el natural escepticismo que debían despertar en él los supuestos efectos de muchas de las drogas de entonces.

Puede decirse, sin exagerar que con el Dr. Franco se inició la medicina moderna en Colombia.

¿Cómo era personalmente el Dr. Franco? La semblanza que sigue la debo en buena parte al recuerdo que de él tiene el Dr. Héctor Pedraza, aquí presente, quien fue su alumno y su interno. Todo aquel que le conoció reconoce su majestuosa presencia, su elegancia natural y sin artificio, la imponencia sin afectación de su porte y esa mezcla casi indefinible y sutil de respeto y de confianza que inspiraba simultáneamente. Era muy serio pero a la vez amable y cortés y sin proponérselo guardaba las distancias. El Dr. Pedraza recuerda exactamente una ocasión en que su profesor sonrió en su clase...! Era cumplido y extremadamente puntual en sus compromisos. Tenía ideas bien definidas que sostenía con firmeza y convicción. A pesar de sus títulos y de sus muchos méritos jamás hizo ostentación de ellos y cuando ineludiblemente había que tocar el tema lo hacía con delicadeza y discreción. Fue buen lector especialmente de literatura francesa sobre la cual dialogaba, entre otros, con Edmundo Rico. Era asiduo asistente al Club Médico en donde jugaba al tresillo y era hábil billarista.

En el curso de la trayectoria del Dr. Franco se destaca la circunstancia de que desde su época de estudiante tuvo una perfecta claridad de metas; sus estudios en el exterior y su labor al regresar al país, la cual se prolongó por largos años, así lo demuestran, esa manera de actuar es una forma de cumplir cabalmente aquel consejo de Polonio en Hamlet:

"... Y algo sobre todo: contigo mismo sé sincero".

De una emocionada nota biográfica sobre su padre, escrita por su hija María Victoria, quien hoy nos acompaña, voy a citar unas líneas que ayudan a la definición de nuestro personaje:

"Era muy exigente consigo mismo y con sus cercanos familiares en los hábitos de disciplina de la vida diaria, hasta el punto que cuentan las gentes que ponían su reloj cuando pasaba por determinado sitio cada día... Ejerció durante casi 60 años. Representaba lo que debe ser un gran médico. Sus horas de trabajo interminables. Sus lecciones sabias y continuas. Era el ejemplar de una profesión hacia la que iban con su esperanza los enfermos, tuvieran o no medios de pagar al médico. Recetó con igual devoción a pobres y a ricos. Ante un enfermo nunca pensó otra cosa sino que él era el médico. Entre sus manos inmensas y cordiales se enfriaban las de quienes de él esperaban la vida... Mirando sus ojos murieron sonriendo muchos..."

En 1916 contrajo matrimonio con Doña Matilde Holguín Arboleda, fundando un hogar que duró 42 años, hasta la muerte del Dr. Franco en 1958 en la ciudad de Nueva York. Fueron 5 sus hijos y numerosos los nietos que hoy prolongan su estirpe. En repetidas ocasiones viajó al exterior con su familia, la última vez por varios años, para no regresar más.

Para cerrar mi intervención y con la venia de ustedes voy a relatar tres episodios personales relacionados con quien hoy recordamos.

En 1940 comencé los estudios médicos. Muy pronto hice una excelente amistad con Roberto Franco Holguín y con él estudiábamos anatomía, a veces en la sala de espera de su padre. Una tarde salió él del consultorio. Su presencia y la sorpresa de verme enfrente a una persona tan notable me causaron tremenda impresión y fue claro que ambos, se dieron cuenta de mi gran turbación. Meses más tarde, en Enero de 1941, cuando mi padre iba perdiendo minuto a minuto su lucha final, el médico que la noche anterior había acudido de emergencia, quiso compartir su responsabilidad y preguntó a mi madre a quién deseaba acudir; la respuesta de ella no tuvo vacilaciones y fue así como el Dr. Franco estuvo al lado de mi padre poco antes de su muerte.

En 1954 cuando me entrenaba y estudiaba en los laboratorios de virus que en el Instituto Rockefeller tenía la Fundación, supe que el Dr. Franco estaba residiendo en Nueva York. Llamé a saludarle y me dijo que desearía visitar las instalaciones y conocer y departir con sus científicos. Le invité a hacerlo y el día acordado le esperé en la hermosa entrada de York Avenue y con enorme orgullo y satisfacción entré con él al imponente y elegante comedor del Instituto, que preside un gran Oleo con el retrato de Lavoisier. Puedo asegurar a ustedes que ese ha sido de los momentos más emocionantes de mi vida, pues vi el respeto con que fue acogido por mis maestros entre los cuales estaba como Director, Max Theiler, premio Nobel de Medicina de 1951. Fue un almuerzo inolvidable y yo observaba, casi que incrédulo de estarlo presenciando, el diálogo del descubridor de la fiebre amarilla selvática con quien desarrolló la vacuna que es el único medio para prevenirla. Luego le acompañé a visitar los laboratorios y la gran biblioteca. Entonces me pidió que le recomendara el mejor libro que

hubiera sobre los virus desde el punto de vista médico, así lo hice y supe que lo había adquirido. Hay que tener presente que entonces había llegado el Dr. Franco a los "four score years". Su mente era lúcida y seguía con la obsesión del estudio.

Para fines del año el Dr. Franco y su señora nos invitaron a su apartamento a Clara y a mí. Fue un almuerzo íntimo y gratisísimo que me dio la oportunidad emocionante de volver a ver a mi amigo del primer año de medicina.

Hoy presenciamos en todo el mundo un efervescente interés en las enfermedades tropicales. En Colombia se expresan los deseos por resucitar la vigencia de su enseñanza.

Lo primero que han de pedir quienes se supone que van a revivirla es la guía y la inspiración del numen tutelar de quien fue su creador y su maestro insuperable.

¡MUCHAS GRACIAS!